

todos. Ega explicaba á Carlos los damascos y el grupo.

—Son muchachos del *Turf*. Es un club nuevo, muy concurrido... Los socios son muy alegres y simpáticos... Y siempre están preparados por si pasa el Señor de los Passos.

Después le contó el caso de Adosinda. Estaban cenando en Silva cuando apareció aquella mujer extraordinaria, con un traje encarnado, arrastrando las *erres*, poniendo *erres* en todas las palabras, preguntando por el *virrsconde*. ¿Qué *virrsconde*? No se pudo averiguar; pero le ofrecieron champagne y doña Adosinda aparece como un ser prodigioso. Hablaban del ministerio y del *déficit*. Doña Adosinda declara que conoce á *déficit*, que es un guapo chico. ¡Carcajada inmensa! Añade que fué con ella á Cintra, que está empleado en el Banco Inglés. ¿El *déficit* en el Banco? ¡Gritos, alaridos, hurrahs! Y no cesó el escándalo hasta que, á las cinco de la mañana, se rió á doña Adosinda, que tocó á Telles!... ¡Noche soberbia!

—En efecto—dijo Carlos riendo,—es una orgía grandiosa que recuerda á Heliogábalo y al conde de Orsay...

Ega defendió su orgía. ¿Dónde había algo mejor en Europa? Ni en París ni en Londres se reía ya. Los hombres sólo sonreían. Sólo aquí se conservaba la sana, fuerte, consoladora carcajada...

—¿Qué miras?

Era el antiguo consultorio de Carlos. Había ahora un taller de modista. Recordaba las escenas antiguas. Allí esperaba Carlos á sus clientes, allí se le presentó un día Ega con su soberbia pelliza, decidido á cambiar, en un invierno, el modo de ser del viejo Portugal.

—¡En qué quedó todo!

—¡Bien dices! ¡Pero bastante nos reímos! ¿Recuerdas aquella noche en que el marqués quería llevar allí á Paca, para utilizar por fin el diván, mueble de serrallo?

Carlos sintió una oleada de recuerdos. Pensó en la muerte del marqués, sabida por casualidad, almorzando; en la de la pobre doña María de Acuña, hidrópica; en don Diego, que acabara por casarse con la cocinera, y en Sequeira, muerto en el coche al volver del Circo Ecuestre.

—Y ¿has visto á Craft en Londres?—preguntó Ega.

—Sí; ha montado una casa preciosa cerca de Richmond. Pero está avejentado... Se queja del hígado. Y por desgracia bebe como un lansquenete. ¡Es lástima!

Preguntó por Taveira. Continuaba como siempre; elegantón, buen chico, siempre enredado con alguna española.

—¿Y el bestia de Steinbroken?

—Ministro en Atenas—exclamó Carlos,—vive en plena ruina clásica. Ega imaginábalo ya hablando con respeto de Sócrates y diciendo: "*¡C'est fort! ¡C'est excessivement fort!*" O bien, temiendo comprometerse, hablando de la batalla de las Termópilas: "*¡C'est grave! ¡C'est excessivement grave!*" Valía la pena de ir á Grecia para verle.

De pronto Ega se detuvo:

—Aquí te presento la Avenida... ¿Qué te parece?

En un claro espacio donde Carlos dejara el Paseo Público, modesto y frondoso, erguíase ahora un obelisco rodeado de farolas, cuyos globos, pulidos y brillantes, recordaban las pompas de jabón suspendidas en el aire; aquí y allá un arbusto se erguía, mostrando las escasas y amarillentas hojas. Y en el fondo veíase la colina verdeante, salpicada de ár-

boles, los terrenos de Valle de Pereiro, á guisa de remate campestre de aquel corto paseo de lujo barato, que se empezara para transformar la vieja ciudad y se detuvo en seguida entre montones de cascajo.

El aire era fresco y límpido, y por sobre aquellas ruindades humanas lucía la cúpula sin rival, de un azul purísimo. Ambos amigos se sentaron junto á un surtidor.

Paseaban por la sombra parejas de muchachos elegantes, de guante claro, pantalones estrechos, botas enormes. Ega saludaba de cuando en cuando á alguno de ellos. Carlos ya no les conocía. Era una nueva generación crecida mientras estuvo en el extranjero. Pero le pasmaba que paseasen por allí, pálidos y aburridos. En todo el paseo no había más que tres ó cuatro mujeres; ninguna aceptable. ¿Por qué aburrirse paseando?

— Esto es fantástico, Ega.

Ega se restregaba las manos. Aquellas botas largas, aquellos pantalones estrechos, aquel aburrimiento, explicaban mejor que cien tomos de letra menuda, el modo de ser de Portugal contemporáneo: sin originalidad, sin fuerza, sin carácter, lo toma todo del extranjero: ideas, pantalones, leyes, artes, cocina. Pero como le falta el sentimiento de la proporción exagera el modelo, lo deforma, hasta convertirlo en caricatura. Por su parte el escritor lee una página de Zola ó de Verlaine, é inmediatamente imita, enmaraña, retuerce la frase, hasta caer en el ridículo. El legislador, á su vez, ha oído decir que en el extranjero se lleva el nivel de la instrucción é inmediatamente encaja en el programa de primera enseñanza, la metafísica, la astronomía, la filología, la egiptología, la crítica de las Religiones comparadas y otra infinidad de horrores. Y todo así, desde

el orador hasta el fotógrafo, desde el juriconsulto al *sportman*. Es lo mismo que les pasa á los negros de San Thomas, que ven á los europeos con lentes é imaginan que en eso consiste ser civilizado y ser blanco. En su entusiasmo por civilizarse se ponen en la nariz tres ó cuatro lentes, blancos, ahumados ó de color. Y así andan por la ciudad á tropezones, con la nariz al aire en el desesperado y angustioso esfuerzo de equilibrar todos aquellos vidrios para ser inmensamente civilizados é inmensamente blancos.

— ¿De modo que esto está peor cada vez?

— Ya lo creo. Todo es cursi y todo es falso; sobre todo falso. Ya no hay nada natural en este miserable país, ni aun el pan que comemos.

Carlos, recostado en el banco, señaló con el bastón y dijo:

— Queda aquello que es genuinamente natural.

Y mostraba los barrios altos, los viejos oteros de Gracia y de Peña, con sus casas escurriéndose por las cuestas requemadas por el sol. En la cima se asentaban pesadamente los conventos, las iglesias, las macizas leyendas eclesiásticas, recordando el fraile gordo y holgazán, beatas con mantilla, tardes de procesión, hermandades de hopa, hierba vivaz brotando en las calles y cohetes en el aire en honor de Jesús. Más alto todavía, recordando en el radiante azul la sordidez de su muralla, había el castillo ruinoso de donde en otro tiempo, al son del himno tocado por los fagotes bajaba la tropa de calzón blanco para hacer el *pronunciamento*. Amparados por el castillo en el oscuro barrio de San Vicente y de la Seo, se erguían los palacetes decrepitos, con vistas hacia la barra y enormes escudos en las paredes cuarteadas donde entre la maledicencia, la

devoción y la brisca arrastra sus últimos días, caquética y mojigata, la vieja Lisboa fidalga.

Ega miró un momento, pensativo.

—Sí, efectivamente, tal vez es lo más genuino, pero es tan estúpido, tan rancio!...

De pronto tocó en la rodilla á Carlos, animándosele el rostro:

—Espera... Mira quien viene.

Era una victoria, reluciente y correcta que avanzaba con lentitud y elegancia al trote de dos yeguas inglesas. Iba allí un joven muy rubio, de una blancura de camelia, con leve bozo en el labio, lánguidamente recostado. Saludó á Ega con una sonrisa de virgen. La victoria pasó.

—¿No le conoces?

Carlos quería recordar.

—¡Es tu antiguo enfermo! ¡Charliel!

¡Charliel! ¡Su Charliel! ¡Cómo le envejecía aquello!  
¡Es guapito!

—¡Sí, muy bonito!

—Es amigo de un viejo, siempre anda con un viejo. De fijo que ha venido con su madre y ella debe andar por ahí á pie.

Subieron hasta la Avenida, examinándolo todo. A quien primero vieron fué á Eusebio. Parecía más fúnebre, más tísico, dando el brazo á una señora muy gorda, muy colorada, que iba como prensada dentro de un vestido de seda de color chocolate. Iban despacio, tomando el sol. Eusebio no les vió, decaído y flácido, siguiendo con sus gruesos lentes negros la marcha lenta de su sombra.

—Esa fantasma, es su mujer. Después de varias pasiones en los lupanares, nuestro Eusebio tuvo este enamoramiento. El padre de la criatura, que es dueño de una caja de préstamos, le pilló una noche con ella en la escalera, haciendo no sé qué... Oblí-

gáronle á casarse... Dicen que la mujer lo apalea de lo lindo.

—Dios se la conserve.

—Amen.

Entonces Carlos, que recordará la cox que diera á Eusebio á causa de la *Corneta*, quiso saber qué se había hecho de Palma. ¿Aun deshonraba el universo con su presencia aquel benemérito? Aun lo deshonraba. Sólo que dejó la literatura y ahora era el *factotum* de Carneiro, aquel que fué ministro. Daba el brazo á su española y la acompañaba al teatro y era un buen empeño en política.

—Aun ha de ser diputado—añadió Ega.— En la forma en que las cosas van, quizá llegue á ministro... Se hace tarde, Carlitos. ¿Vamos á tomar este coche para ir á Ramillete?

Eran las cuatro y el sol de invierno tenía ya un tono pálido.

Tomaron el coche. En Rocio, Alencar que pasaba y que los vió, se detuvo y Carlos, con una sorpresa que ya le asaltara en el *Hotel Braganza*, dijo:

—¡Oye, Ega! ¿Ahora pareces íntimo de Alencar? ¿Qué transformación es esa?

Ega confesó que realmente apreciaba á Alencar. En medio de aquella Lisboa falsa, Alencar era el único portugués genuino. Era honrado, leal, bondadoso y su comportamiento con la sobrinita era conmovedor. Tenía más cortesía y mejores modales que los jóvenes. Y en fin, dado el abismo en que cayera la literatura, los versos de Alencar tomaban relieve por la corrección y sencillez y por un resto de convicción sincera.

—¡Ahí tienes, Carlitos, una imagen del estado de Portugal! Nada hay efectivamente que caracterice tan bien la decadencia de estos últimos treinta años como este sencillo hecho; tanto han bajado el carác-

ter y el talento, que nuestro viejo Tomás, el hombre de *Flor de Martirio*, aparece con las proporciones de un genio y de un justo.

Aun hablaban de Portugal y de sus anales cuando se detuvo el coche. Al ruido del carruaje Villaça apareció á la puerta, calzando guantes amarillos. Presentóse luego el jardinero, que vivía allí con la mujer y el hijo, guardando el caserón desierto. Después se felicitó de ver, por fin, á los dos amigos juntos. Y añadió, dando un golpecito familiar en el hombro de Carlos:

—Después de separarnos en Santa Apolonia, fuíme á tomar un baño y no me acosté. Es una gran comodidad el vagón-cama. Que digan después que Portugal no progresa. ¿Me necesita usted para algo?

—No, gracias, Villaça. Vamos á dar una vuelta por la sala. Venga á comer con nosotros, á las seis. Pero á las seis en punto, porque hay platos especiales.

Los dos amigos atravesaron el zaguán, donde aun había los bancos feudales de roble tallados, solemnes como coro de catedral. Pero arriba, la mayoría de las habitaciones estaban sin tapices ni muebles. Cuadros, estatuas, tapices, porcelanas y marfiles, todo estaba en los aposentos de Carlos en París. Hacía un frío atroz y Ega se levantó el cuello del gabán.

En el salón, los muebles de brocado color de musgo, estaban tapados con telas de algodón, como amortajados y oliendo á alcanfor. En el suelo, la condesa Runa, el precioso lienzo de Constable, arriado á la pared, levantando un vestido escarlata de cazadora inglesa, parecía dar un paso, salir del dorado marco para marchar también y consumir la dispersión de su raza.

—Vámonos exclamó Ega; — esto está lúgubre.

Carlos, pálido y callado. abrió la puerta del billar. Allí se habían amontonado todos los muebles ricos de la *Casita*. En el fondo tapando la chimenea, dominándolo todo, se veía el famoso armario del tiempo de la *Liga Hanseática*. Carlos descubrió inmediatamente un desastre en la cornisa: uno de los dos faunos tenía su pie de cabra partido y otro perdió su flauta bucólica.

— ¡Qué brutos! — exclamó furioso, herido en su amor propio de artista... — ¡Un mueble de estos!...

Subióse á una silla para examinar los estragos.

Ega, entretanto, examinaba los otros muebles que le recordaban las noches de charla, las comidas y los cohetes lanzados en honor de Leónidas. ¡Cómo pasó todo! De pronto en un rincón encontró un velo, guantes, una media de seda, cintas y flores artificiales. Eran objetos de María, olvidados en algún rincón de la *Casita* y, cosa lamentable, entre aquellos recuerdos de ella, mezclados, como en la promiscuidad de la basura, aparecía una zapatilla de terciopelo, una vieja zapatilla de Alfonso de Maia. Carlos tapó rápidamente aquella caja con un trozo de tela. Después, cuando Carlos saltaba de la silla, aun indignado, Ega apresuró aquella peregrinación que le echaba á perder la alegría del día.

— ¡Vamos á la terraza! ¡Demos una mirada al jardín y nos largamos!

Pero debían atravesar el despacho de Alfonso de Maia. La cerradura estaba mohosa. Carlos temblaba al abrir. Cedió la puerta y toda su emoción se acabó ante la grotesca, absurda sorpresa de romper ambos á estornudar de un modo horroroso. Fué Villaça á quien se le ocurriera, siguiendo las indicaciones de una receta de almanaque, hacer esparcir á manos llenas, sobre los muebles y los lienzos que los tapaban pimienta blanca.

Y estrangulados, sin ver, bajo una niebla de lágrimas, los dos continuaron uno enfrente de otro, estornudando desesperadamente.

Carlos, por fin, consiguió abrir las dos hojas de una ventana, y reviviendo un poco, al sentir el aire puro, quedaron allí de pie, calados, limpiándose los ojos, sacudidos aún por algún estornudo retardado.

—¡Qué invención tan infernal!—exclamó Carlos indignado.

Ega, que al huir, con el pañuelo en las narices, tropezara en un sofá, se arrascaba la canilla.

—¡Vaya una estupidez! ¡Vaya un golpe que dí!

Mirando para la sala, advirtió que había tropezado en la antigua almohada de terciopelo del viejo Bonifacio. ¡Qué habría sido de él!

Carlos, que se sentara en la barandilla de la terraza, entre las macetas sin flores, le dijo que Bonifacio murió en Santa Olavia, resignado y tan obeso, que no se movía. Villaça, movido de una idea poética, la única de su vida de procurador, le había hecho erigir un mausoleo donde descansaba el gato, bajo una piedra de mármol blanco, junto á un rosal, al pie de las ventanas del cuarto del abuelo.

Ega se sentó también en la barandilla y ambos quedaron abstraídos.

Abajo, el jardín tenía la melancolía de un retiro olvidado; un musgo verde de humedad cubría los gruesos miembros de Venus Citerea. El ciprés y el cedro envejecían juntos en un yermo, como dos amigos. Y la cascada corría lentamente, cayendo gota á gota en la taza de mármol.

El paisaje que se descubría desde allí, un trozo del Tajo y de monte, tenía también un aspecto triste, y el sol se desvanecía poco á poco, como un resto de esperanza en un rostro que se nubla.

Entonces, en aquella mudez de soledad y abandono, Ega murmuró despacio:

—¿No sospechabas ese casamiento?

—No... Lo supe por la carta que recibí de ella en Sevilla.

Aquella era la noticia formidable anunciada por Carlos y que ya contara á Ega, después de los primeros abrazos en la estación. María Eduarda se iba á casar.

Así se lo anunció á Carlos en una carta muy sencilla que recibió en la quinta de Villa-Medina. Iba á casarse, y no parecía una resolución tomada bajo un impulso del corazón, sino un propósito bien madurado. Ella decía en la carta que había pensado mucho, reflexionado mucho. Por otra parte, el novio debía tener cerca de cincuenta años. Y Carlos, por tanto, veía allí una unión de dos seres desilusionados de la vida, maltratados por la vida, cansados y asustados de su aislamiento, y que adivinando uno en el otro cualidades serias de corazón y de espíritu, juntaban el calor que á cada cual restaba, su alegría y valor para afrontar unidos la vejez.

—¿Qué edad tiene ella?

Carlos pensaba que debía tener cuarenta ó cuarenta y dos años. Ella decía en su carta que tenía cinco ó seis años menos que su novio. Este se llamaba Mr. de Trelain. Era evidentemente un hombre despreocupado, porque, conociendo todo el pasado de María, la aceptaba por esposa.

—¿Lo sabe todo?—exclamó Ega.

—Todo no. Dice que el señor de Trelain conocía, de su pasado, todos aquellos errores en que cayera inconscientemente. Esto da á entender que no lo sabe todo. Vamos andando, que se hace tarde y quiero ver todavía mis habitaciones.

Descendieron al jardín. Siguieron callados un momento por la avenida donde en otro tiempo florecían los rosales de Alfonso. Entre los dos cedros existía aún el banco de corcho, donde María se sentara en su visita al Ramillete, á atar un ramo de flores que quería llevar como reliquia. Ega, al pasar, cortó una pequeña margarita que florecía solitariamente.

—¿Ella continúa viviendo en Orleans, no es verdad?

Si, Carlos decía que vivía al pie de Orleans, en una quinta que él la comprara, llamada *Les Rosières*. El novio debía habitar en los alrededores, algún *chateau*. Le llamaba vecino. Era un hidalgo de pueblo, de familia seria y con fortuna...

—Ella sólo debe tener lo que tú le das, ¿verdad?

—Creí que te había explicado eso —murmuró Carlos.— Rehusó recibir parte alguna de su herencia. Villaça se arregló de modo que le hizo una donación correspondiente á doce mil duros de renta.

—¡Buen bocadol! ¿No te hablaba de Rosa en la carta?

—Sí, de paso; decía que estaba bien. Debe ser ya una mujer.

—¡Y muy bonita!

Subían la escalera de hierro que conducía desde el jardín á los cuartos de Carlos. Ega tuvo una última curiosidad.

—¿Y qué efecto te hizo eso?

Carlos encendió el cigarro. Después dijo:

—Un efecto de conclusión, de absoluto remate. Fué como si muriese, muriendo con ella todo lo pasado y ahora renaciese bajo otra forma. Ya no es María Eduarda. Es la señora de Trelain, una señora francesa. Bajo este nombre, todo lo que hubo

queda enterrado profundamente, acabado para siempre, sin dejar siquiera memoria... Tal fué el efecto que me produjo.

—¿No viste nunca en París al señor Guimaraes?

—Nunca; sin duda murió.

Entraron en la habitación que estaba preparada por orden de Villaça. Carlos dejó el sombrero y el bastón sobre su antigua mesa de trabajo y después dijo:

—¡Aquí tienes mi vida, Ega! En este cuarto, durante muchas noches, tuve la certeza de que todo había acabado para mí... Pensé en morir, en meterme en la Cartuja. Todo esto, fríamente, como una conclusión lógica. Han pasado diez años y aquí estoy otra vez.

Se detuvo un momento ante el espejo, con marco de encina labrada, se retorció el bigote y concluyó sonriendo melancólicamente.

—¡Y más gordol!

Ega miraba también el cuarto con expresión pensativa:

—¿Te acuerdas cuando aparecí, una noche, angustiado, vestido de Mefistófeles?

Entonces, Carlos, lanzó una exclamación:

—¡Y Raquel! Es verdad. ¿Qué se ha hecho de la Raquel, del Lirio de Israel?

Ega se encogió de hombros:

—Por ahí anda medio apoplética.

—¡Desdichada!

Y esto fué cuanto dijeron sobre la gran pasión romántica de Ega.

Carlos examinó un cuadro que estaba vuelto á la pared. Era el de su padre, con los guantes de gamuza en la mano y su rostro pálido y triste, que el tiempo amarilleara más.

—Siento no tener un retrato del abuelo. Este me lo llevo á París.

Entonces, Ega, preguntóle si no se le ocurrió nunca volver á Portugal durante aquellos últimos años.

Carlos miró á Ega con espanto. ¿Para qué? ¡No! París era el único lugar de la tierra que se avenía con el tipo definivo que le gustaba, de hombre rico que vive bien. Paseo á caballo por el Bosque; almuerzo en casa Bignon; una vuelta por el boulevard; una hora en el club leyendo periódicos; un rato de florete en la sala de armas; Troville en verano; cazar algunas liebres en invierno, y en todo el año mujeres, carreras, cierto interés por la ciencia y y algo de broma. Nada más inofensivo, más nulo ni más agradable.

—Aquí tienes una existencia de hombre. En diez años no me ha ocurrido nada, á no ser cuando se me rompió el faetón en el camino de Saint Cloud. Lo traje *El Figaro*.

Ega se levantó con ademán desolado.

—Equivocamos nuestra vida, muchacho.

—Creo que sí. Pero todos nos equivocamos más ó menos.

Ega asintió con un suspiro mudo y empezó á ponerse los guantes. Carlos se puso también el sombrero. Y bajaron por la escalera, forrada de terciopelo de color de cereza, de donde pendía la panoplia de armas antiguas. Después Carlos se detuvo en la calle y dió una mirada al caserón sombrío, que más que nunca parecía una residencia eclesiástica, pero inhabitada y á punto de amenazar ruina.

Una gran conmoción se apoderó de su alma y murmuró, cogiendo el brazo de Ega:

—¡Es extraño! ¡Sólo viví dos años en esta casa y me parece que en ella pasé la vida entera!

Ega no se admiraba. Unicamente en el Ramillete fué donde vivió la vida de la pasión, que es lo único que arruina la existencia.

—Hay otras muchas cosas que dan valor á la vida. Esto es una vieja idea de romántico, Ega.

—¿Y qué somos nosotros? ¿Qué hemos sido desde el colegio, desde que nos examinamos de latín? Románticos. Es decir, individuos inferiores que se rigen por el sentimiento y no por la razón..

Carlos deseaba saber si en el fondo eran más felices los que vivían sólo por la razón, no desviándose nunca de sus consejos.

—Creo que no—dijo Ega;—vistos por fuera, son desconsoladores. Y por dentro tal vez están desconsolados. Lo cual prueba que en este pícaro mundo hay que ser ó loco ó desdichado.

—Resumen: no vale la pena de vivir.

—Depende enteramente del estómago.

Ambos rieron. Después, Carlos, otra vez serio, dió su definición de la teoría de la vida, tal como la experiencia se lo enseñara. Era el fatalismo musulmán. No desear nada, ni tener nada. No abandonarse á una esperanza, ni á una desilusión. Y en esta placidez, dejar que ese pedazo de materia organizada, que se llama el Yo, se vaya deteriorando y descomponiendo, hasta volver á entrar y perderse en el infinito universo. Sobre todo, no tener deseos y no tener contrariedades.

Ega asintió. De lo que principalmente se conveniera él era de la inutilidad de todo esfuerzo. No valía la pena de dar un paso para alcanzar cosa alguna en la tierra, porque todo se resuelve, como ya enseñara el sabio del *Ecclesiastés*, en desilusión y polvo.

—Si me dijese que aquí bajo había una fortuna como la de los Rothschilds ó la corona imperial de

Carlos V, con tal de que corriese para alcanzarlas, no apresuraría el paso. ¡No! No saldría de ese pasito lento, prudente, correcto, seguro, que es el que conviene usar toda la vida.

—Ni yo—añadió Carlos con convicción decisiva.

Y ambos acortaron el paso, bajando para la rampa de Santos, como si aquel fuese el verdadero camino de la vida, donde ellos, seguros de encontrar solamente desilusión y polvo, no debiesen avanzar jamás sino con lentitud y desdén. De pronto Carlos hizo un movimiento de contrariedad.

—¡Qué desdicha! ¡Y yo que venía desde París con este deseo! Me he olvidado de hacer que sirvieran en la comida una fuente de salchichón con guisantes.

Ega recordó que ya era tarde. Entonces Carlos, olvidado hasta allí, en los recuerdos de lo pasado, pareció darse cuenta de que la noche había cerrado. Miró el reloj. ¡Eran los seis y cuarto!

—¡Diablo! Y yo que dije á Villaça y á los amigos que estuviesen en *Braganza* á las seis en punto. Y no se ve ningún coche.

—Espera—exclamó Ega;—por allí va uno; á ver si lo atrapamos.

—¡Aun lo cogemos!

Los dos amigos apresuraron el paso, y Carlos, después de arrojar el cigarro, decía:

—¡Qué lástima haber olvidado el salchichoncito! En fin, se acabó. Por lo menos, hemos sentado la teoría definitiva de la existencia. En efecto, no vale la pena de hacer un esfuerzo, ni de correr con ansia, por cosa alguna...

Ega, á su lado, jadeante y alargando las delgadas zancas:

—Ni por amor, ni por la gloria, ni por el dinero, ni por nada...

El farol rojo del coche se había detenido á lo lejos. Fué para Carlos y para Juan de Ega una esperanza, otro esfuerzo:

—¡Aun lo alcanzamos!

—¡Aun lo alcanzamos!

De nuevo el farol se deslizó y huyó. Entonces, para poder atrapar el coche, ambos amigos empezaron á correr desesperadamente por la rampa de Santos y por el Aterro, bajo la primera claridad de la luna que salía.

FIN